

Y TENGO AMOR A LO CONCRETO

JOSÉ MARÍA R. OLAIZOLA, S.J.

No basta un «habría que»
para dar forma a los sueños.

Pintar el amor
en muros de piedra
no garantiza vivirlo.

Conformarse
con listas de canciones tristes
es jugar a los náufragos.
La profecía no puede ser tan solo
un eslogan de camiseta.
No hay expertos en todo.

De poco sirve un quizás
cuando nos pides un «sí»;
de nada, un «alguien lo hará»,
cuando tú esperas un «yo».

Es la constante tensión
que atraviesa nuestros días:
sobrevolar o zambullirnos.

Tú pones la encrucijada,
y nos dejas la decisión:
vender aire
o ser testigos del Reino.

✠ **San Antonio María Claret, el
arzobispo misionero**

Por Dr. Roberto Méndez Martínez

✠ **La viuda y el juez
(Lc. 18, 1–8)**

Por Alden García, S.J.

✠ **Contrarreloj**

Por Miguel Ángel Ortega Rodríguez, catequista, Purísima Concepción de María, Alquizar

SANTORAL

D 19: San Pedro de Alcántara / **L** 20: San Artemio de Antioquía / **M** 21: San Hilarión de gaza / **Mi** 22: San Juan Pablo II / **J** 23: San Juan de Capistrano / **V** 24: San Antonio María Claret / **S** 25: San Crisanto



24 de octubre, San Antonio María Claret, patrono de la catequesis

San Antonio María Claret, el arzobispo misionero

Por Dr. Roberto Méndez Martínez



El 16 de febrero de 1851 llegó a Santiago de Cuba un nuevo arzobispo, Antonio María Claret, consagrado el año anterior en la Catedral de Vich, Barcelona. Hacía catorce años que su antecesor se había marchado y la sede estuvo vacante. Tenía una enorme labor por hacer.

Había nacido en Sallent de Llobregat, cerca de Barcelona, el 23 de diciembre de 1807. Desde niño fue muy piadoso y sintió una temprana vocación para el sacerdocio. En 1829 ingresó en el seminario de Vich y en 1835 fue ordenado sacerdote. Mostró gran ardor misionero en tiempos en que el liberalismo anticlerical procuraba descristianizar a España. Se hizo célebre por sus misiones y predicaciones que se extendieron primero por cada punto de Cataluña y después en las Islas Canarias. En 1849 fundó, junto con cinco sacerdotes más, la congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María (Claretianos).

No fue sencilla su labor en una arquidiócesis que abarcaba casi la mitad de la Isla. Procuró disciplinar las costumbres del clero. Realizó importantes visitas pastorales, misiones y predicaciones aún en zonas intrincadas como la Sierra Maestra. Difundió la enseñanza

del catecismo y vigiló la organización de las parroquias.

No descuidó la cuestión social. Fomentó la agricultura e intentó una especie de reforma agraria. Estimuló la enseñanza de artes y oficios para hijos de familias pobres. Le repugnaba la esclavitud. Condenó el maltrato a los esclavos, predicó la igualdad de blancos y negros, procuró ayudar a la inserción social de los libertos y combatió leyes que tenían carácter discriminatorio. Para paliar la pobreza de campesinos y artesanos creó un sistema de cajas de ahorro del que fue precursor no sólo en Cuba sino en la Península.

El inicio de su episcopado se vio marcado por movimientos separatistas como los de Narciso López, Isidoro Armenteros y Joaquín de Agüero. Aunque no apoyaba sus propósitos, intercedió para salvar la vida de los conspiradores, pero fue en vano.

Interesado en la educación de las niñas, fundó en 1855 la Congregación de Religiosas de María Inmaculada (Misioneras Claretianas), junto a la madre María Antonia París.

Su celo apostólico le ganó muchos enemigos. En 1856 sufrió un atentado contra su vida en Holguín, del que salió herido de gravedad, aunque milagrosamente salvó su vida. Al año siguiente fue designado confesor de la reina Isabel II y preceptor del príncipe Alfonso. Cuando un alzamiento militar destronó a la Soberana se trasladó a París. Aunque no fue de bando político alguno, los liberales extremistas lo difamaron y llegó a temer por su vida.

Participó en el Concilio Vaticano I convocado por Pío IX hasta su clausura en 1870. Como el gobierno español procuraba apresar o secuestrarlo en París, se refugió en la abadía cisterciense de Fontfroide, donde falleció el 24 de octubre de 1870. Fue beatificado por Pío XI en 1934 y canonizado por Pío XII el 7 de mayo de 1950. Su fiesta se celebra el 24 de octubre.

La viuda y el juez (Lc. 18, 1-8)

Por Alden García, S.J.



La originalidad de cada vida está en su relación con Dios. Una vida no es solo singularidad psicológica, política, o cultural; es huella de un Creador. Por eso, toda vida humana puede cambiar y mejorar si reconecta con su fuente original.

El Evangelio de hoy nos presenta dos figuras, una viuda y un juez. La viuda tiene como único poder el desvalimiento, ese sin poder que viven quienes, radicalmente vulnerables, se confían en las manos del Señor. Viuda significa *la que ha quedado vacía*. No en balde, las Sagradas Escrituras la presentan, junto al huérfano y al extranjero, como figura de aquellos cuyo auxilio sólo puede venir de Dios, por mediación de la compasión y la justicia del prójimo.

El juez representa el poder institucional. La ley lo autoriza, pero su autoridad alcanza legitimidad si se pone al servicio de los demás. Este que nos presenta el evangelio no teme a Dios ni sirve al indefenso. Sin embargo, es él quien termina haciendo justicia, estremecido por el clamor del inocente.

La persistencia de la viuda es oración que no desfallece, mostrando por recurso lo único que posee: su palabra y su rostro. El reclamo del inocente le da la oportunidad al injusto de obrar con justicia. La indefensión vincula a la viuda con su originalidad: confiar solo en Dios y exigir el bien sin otra violencia que exponer un rostro hambriento. Esta originalidad constante despierta la humanidad del juez. Así, la

viuda logra que al menos un trozo de su corazón endurecido se convierta en uno de carne y le deja abierta la puerta a la misericordia.

Jesús nos muestra que aún quienes se han endurecido en la injusticia pueden obrar de otro modo y redimirse. Para ello, como la viuda, debemos insistir en la oración diaria, pedir constantemente por la conversión de nuestros gobernantes y funcionarios públicos e incomodarlos con nuestros reclamos. Que escuchen nuestro clamor de pueblo al cual se deben. Que nuestras oraciones se hagan palabra cotidiana en los templos, vecindarios, universidades, calles. Que nuestra vocación ciudadana nazca del amor cristiano a Dios y al prójimo.

En su mensaje Peregrinos de esperanza los obispos cubanos nos recuerdan que es deseable, *legítimo, digno del hombre, que todo ser humano pueda vivir y trabajar en paz, realizar sus sueños personales y familiares, progresar integralmente cada vez más*.

No dejemos de vivir en justicia. Nuestros gobernantes necesitan la humanidad de nuestras plegarias y la verdad de nuestras exigencias. Es un modo de estremecerles el corazón; de permitirles que reconecten con la originalidad de sus vidas. Todos somos hijos de Dios. Cada uno es responsable de provocar justicia en quienes pueden darla.

Renovemos con nuestros obispos el compromiso de intensificar la oración por Cuba. Confiemos *en las enormes posibilidades del pueblo cubano. De la mano del Señor y la Virgen de la Caridad, ¡No tengamos miedo de emprender nuevos caminos! Amén*.



Orando en la semana

- D 19:** Éx 17,8-13/Sal 120/2 Tim 3:14-4:2/
Lc 18:1-8
- L 20:** Ro 4:19-25/Sal Lc 1:69-75/Lc 12:13-21
- M 21:** Ro 5:12, 15, 17-19, 20-21/Sal 39/
Lc 12:35-38
- Mi 22:** Ro 6:12-18/Sal 123/Lc 12:39-48
- J 23:** Ro 6:19-23/Sal 1/Lc 12:49-53
- V 24:** Is 52,7-10/ Sal 95/ Mc 1,14-20
- S 25:** Ro 8:1-11/Sal 23/Lc 13:1-9

Contrarreloj

Por Miguel Ángel Ortega Rodríguez, catequista,
Purísima Concepción de María, Alquizar

A mi madre, mi primera catequista.



Siempre ha sido difícil ser cristiano, y atreverse a ser catequista lo es aún más. Es el resultado de confiar en las fuerzas que nos dan razones para creer que estamos preparados. Cuando decidí ser catequista, sentía la necesidad de compartir mi experiencia personal de fe. Estaba seguro de haber encontrado el lugar al que Dios me había llamado.

El sacerdote de la parroquia en aquel tiempo nos decía que, aunque fuera una vez por semana, la celebración de la Eucaristía era un espacio propicio para oxigenar nuestros pasos. Aquel sacerdote aún vive, y no se equivocaba: cuanto más me acercaba a Dios, mi catequesis y mi relación con Él se convertían en un bálsamo sobre tierra santa.

Yo atravesaba una edad difícil: salía de la adolescencia y comenzaba mi primera juventud. Tenía preguntas guardadas, mientras los dioses del barrio daban vueltas a mi alrededor: el dinero, la sexualidad, los miedos. Fueron tiempos duros. En aquella época, mi madre me enseñó a rezar el rosario y me dijo:

“Cuando estés en problemas y no tengas un rosario entre tus manos, puedes seguir la cuenta con los dedos y llegar hasta diez en cada misterio”.

En el camino, he aprendido que uno recibe más de lo que intenta enseñar. No hay catecismo verdadero sin acompañar a quienes buscan. Hay que estar preparado para dialogar con personas de otras denominaciones cristianas, e incluso de otras religiones. A veces significa cargar con los problemas ajenos, pero también es gratificante visitar a quienes te acompañan, preocuparse por ellos con tu presencia. Y en ese servicio renovador, en ocasiones te encuentras con un perro que te quiere morder o una mala cara en la puerta; con un amigo de la infancia que se niega a creer que seas cristiano, a pesar del paso implacable de los días.

“Hoy, los cristianos seguimos acudiendo a nuestra Iglesia, sostenidos por la esperanza en Cristo. Buscamos un refugio donde encontrar consejo para la familia, amor desinteresado ante cada adversidad, y esa mirada firme en la fe que nos devuelva la Cuba que soñamos.”

Es cierto que la vida es una carrera dura, que los aprietos económicos a veces dificultan poner el pan en la mesa. Pero no podemos renunciar a lo que nos sostiene: a ese vínculo tejido con sonrisas constantes y palabras sinceras, a la creación de espacios donde los necesitados puedan crecer. Nuestra misión es formar valores sin competencias, porque al final todos somos hijos de un mismo Dios.

Y esto se refleja en el cariño de quienes regresan a casa sabiendo que no están solos. Es la imagen conmovedora de un padre que lleva a su hijo, radiante de felicidad por lo que está viviendo.